

de plata y «chapetas» (1) de lo mismo; un lujoso «jorongo» (2) de vivos y matizados colores colgando sobre el hombro; una rica «calzonera» (3) de paño azul, con botonadura de plata, sostenida por un ceñidor de seda, bordado, con grandes borlas de oro colgando por detrás; una «cotona» (4) de fina piel de venado, adornada de alamares de plata; vistosas «botas campaneras», (5) y lujosas espuelas de ancha rodaja con algunos colgajitos de acero que producen un ligero sonido al andar. Este es el traje que usa la gente de campo de Méjico, que vive, por decirlo así, á caballo, y el que llevaba el rancho D. Cristóbal Nava, jefe de la partida con quien se encontró Mina. Toda su gente iba bien montada, aunque no vestida con el lujo que él, y llamó la atención de los soldados de la expedición, no solo por la novedad que encontraban en el vestido, sino por la destreza que manifestaban en el manejo del caballo.

1817. Nava dió importantes noticias á Mina respecto al estado en que se hallaba la revolución; le dijo que cinco leguas mas adelante encontraría

(1) Adorno figurando águila ú otra cosa, que se coloca á ambos lados del sombrero, entre la copa y el ala, para que no salga la toquilla al quitarse el sombrero.

(2) Lo que en España llamamos manta, y que la usan mucho los contrabandistas.

(3) Pantalón ancho, abierto por el lado de fuera, con doble botonadura de plata desde la cintura á la boca del pié, dejando ver un ancho calzón blanco que llevan debajo.

(4) Especie de chaquetilla andaluza, de cuero de venado, sobre cuyos hombros y espalda cuegan porción de alamares de plata.

(5) Semejante á la polaina ó botín de cuero que usan los andaluces para montar á caballo.

una rancharía provista de todo lo necesario donde podría alojarse cómodamente, y que cuatro despues de ella estaba el fuerte de «El Sombrero», posición importante de los independientes, ocupada por D. Pedro Moreno. Mina, contento de las noticias que acababa de adquirir, se puso en camino con su división, que no se hallaba ménos satisfecha que su jefe. Cuando subía por el punto conocido con el nombre de los Altos de Ibarra, descubrió en la llanura un cuerpo respetable de realistas, cuyo encuentro le hubiera sido funesto por lo fatigada que tenía la gente. Por fortuna suya, los realistas no intentaron estorbarle el paso, y así llegó sin obstáculo á la rancharía de que le habló Nava, en la cual encontró abundantes provisiones con que satisfizo su necesidad la hambrienta y fatigada tropa. La división realista que Mina descubrió al subir los Altos de Ibarra, se componía de la caballería de Orrantía, al mando de éste, y del batallón expedicionario de Navarra que el virey Apodaca dispuso que marchase al Bajío. Orrantía había recibido orden de impedir la reunión de Mina con las fuerzas independientes desde que se tuvo noticia de la acción de Peotillos; pero aunque acampó en una hacienda destruida á dos leguas del punto en que se hallaba la expedición, se marchó en la mañana siguiente á Leon, sin haber intentado nada contra el enemigo.

Desde que Mina se dió á conocer al jefe de partida don Cristóbal Nava, se envió á poner en noticia de D. Pedro Moreno que ocupaba el fuerte de «El Sombrero», la llegada de la expedición auxiliadora y del jefe que la mandaba. Moreno envió uno de sus oficiales á felicitar á Mina

por los servicios que se dignaba prestar á la causa de la independenciam, y al mismo tiempo que le invitó á trasladarse al fuerte, avisó á la Junta reunida en Jaujilla, el feliz acontecimiento, cuya noticia se difundió por todos los puntos ocupados por los independientes, causando extraordinario regocijo. Mina, admitiendo gustoso la invitacion, acompañado de su estado mayor, entró en el fuerte en la madrugada del 24 de Junio, donde fué recibido con las demostraciones del mas ardiente júbilo, como lo fué su division que llegó en la tarde del mismo dia. La fuerza con que llegó después de treinta dias de penosas marchas, en las cuales, por los rodeos que tuvo que dar para evitar encuentros con los realistas, habia andado doscientas veinte leguas, ascendian á doscientos sesenta y nueve hombres de todas armas, incluso veinticinco heridos.

Don Pedro Moreno se esmeró en proporcionarles cuanto era necesario á la comodidad del soldado, y se manifestó sincero adicto á Mina. Era D. Pedro Moreno uno de los propietarios mas ricos de la provincia de Guadaluajara: hombre de nobles sentimientos, de valor y de resolucion, habia abrazado la causa de la independenciam con verdadero patriotismo, abandonando por ella sus fincas, que fueron poco despues saqueadas por las tropas del general D. José de la Cruz. Mina sintió hácia el generoso jefe independiente un afecto sincero.

1817. La penosa expedicion llevada á cabo de  
Junio. una manera verdaderamente admirable, atravesando por un país ocupado por fuerzas realistas, alcanzando varios triunfos y haciéndose superior á todos los obstáculos, le alcanzó la reputacion de general valiente

y entendido, que él procuró confirmar con nuevos hechos. Pronto se le presentó la ocasion de mostrar que era merecido el buen concepto que se habian formado de su talento militar. El jefe realista Ordoñez, comandante general de Guanajuato, habia salido de San Felipe con direccion al fuerte del Sombrero, uniéndosele á poco su segundo Castañon con su fuerza volante, que juntas hacian un total de setecientos hombres. Los independientes que guarnecian el punto mencionado, tuvieron aviso del movimiento el 28 de Junio, á los cuatro dias de haber llegado Mina. Éste, deseoso de combatir y confiando en alcanzar la victoria, resolvió salir en la tarde del mismo dia al encuentro de Ordoñez con doscientos hombres de su division. Quiso acompañarle D. Pedro Moreno con un destacamento de cincuenta infantes escogidos y ochenta lanceros mandados por D. Encarnacion Ortiz, llamado el Pachon. Mina caminó con esta fuerza de trescientos treinta hombres hasta media noche y mandó hacer alto en las ruinas de una hacienda de campo. En este sitio se le reunieron cuatrocientos independientes de infanteria mal armados y peor vestidos, que carecian de instruccion militar y de disciplina, pero que, sin embargo, podian servir de mucho en este caso, con el ejemplo de los demás. Habiendo descansado en la destruida hacienda el resto de la noche, á las siete de la mañana del siguiente dia se continuó la marcha. Habria andado la division tres leguas, cuando descubrió á las fuerzas realistas marchando por el camino real que atraviesa una espaciosa llanura, con direccion á la hacienda de San Juan de los Llanos, que distaba cinco leguas. Mina, para disponer su tropa, se

retiró á una cuesta pendiente, aunque no larga, y con asombrosa prontitud tomó las disposiciones que juzgó necesarias para atacar á los realistas. Éstos, al descubrir á sus contrarios, habian tomado posicion en la llanura, disponiéndose al combate. Mina formó con la Guardia de Honor, regimiento de la Union y la infantería de Moreno, una columna de noventa hombres, que puso bajo las órdenes del coronel Young; otra columna, compuesta del primer regimiento de línea y de la infantería de los independientes mejicanos que se le habian unido, la confió al coronel Marquez; la caballería perteneciente á sus expedicionarios, compuesta de húsares y dragones, que ascendia á noventa hombres, la puso á las órdenes del mayor Maylefer, que era el jefe de ella, y la de D. Encarnacion Ortiz (el Pachon), que constaba de ochenta lanceros de su mejor gente, quedó al mando de este valiente guerrillero. Dispuesta así la tropa, Mina, con algunos ayudantes, se dirigió á reconocer la línea de sus contrarios, que

1817. dispararon sobre él varios tiros al verle bastante cerca, pero sin que le acertara ninguno. Acto continuo se dió principio á la accion, adelantándose Young con su columna, á paso de carga, hácia los realistas en medio de un vivo fuego. Al hallarse bastante próximo á ellos, su columna hizo sobre sus contrarios una descarga cerrada que causó notable estrago, y en seguida acometió á la bayoneta. Al mismo tiempo que Young daba este brusco ataque, el mayor Maylefer, con los húsares y dragones, se lanzó con ímpetu terrible sobre la enemiga, que no pudiendo resistir el impetuoso choque, quedó en completo desórden, cediendo el terreno, aunque procu-

rando reponerse. Al ver D. Encarnacion Ortiz retroceder á la caballería realista, acometió furiosamente con sus lanceros, y pocos momentos despues la derrota de las tropas del gobierno fué general. La accion no duró mas de ocho minutos, y los realistas, viéndose acometidos con indescriptible furia, emprendieron la fuga en la mayor confusion, perseguidos por sus contrarios que mataron mucha gente en su alcance. Los dos jefes realistas Ordoñez y Castañon fueron muertos, quedando sobre el campo de batalla trescientos treinta y nueve cadáveres de la gente de su division: el número de soldados que cayeron prisioneros ascendió á doscientos veinte, y solo pudieron salvarse, de todo el ejército, ciento cincuenta hombres de caballería que pudo reunir el teniente coronel Calderon. Las pérdidas de Mina fueron cortas, pues consistieron en ocho muertos y nueve heridos, contándose entre los primeros el mayor Maylefer, cuya pérdida fué muy sensible para el jefe expedicionario. Alcanzada la victoria, Mina regresó al fuerte del Sombrero, llevando como trofeo de ella dos cañones quitados á los realistas, quinientos fusiles, abundantes municiones y muchos uniformes.

1817. Se ha dicho por algunos escritores, entre Junio. ellos el apreciable historiador D. Lucas Alaman, que los artilleros realistas, no teniendo á mano la metralla, cargaron los cañones con pesos duros. Esto es á todas luces inverosímil, y basta reflexionar un momento para convencerse de que no pasa de una de esas anécdotas que, acogidas sin exámen, llegan al fin á pasar por un hecho positivo. Desde que se avistaron las fuerzas contendientes, el jefe de los realistas tomó tranquilamente

posiciones en la llanura, puesto que le dió tiempo á ello el haberse retirado Mina á un repecho ó cuesta pendiente para formar su gente. Siendo esto así, como realmente fué, no puede dudarse que la metralla se colocaria en sitio á propósito para que pudieran hacer uso de ella los artilleros. La division realista no conducia convoy ninguno de dinero, pues su objeto de Ordoñez al salir de San Felipe, fué ir en busca de las fuerzas independientes, en cuyos casos jamas llevan los ejércitos gruesas cantidades en metálico. Pero aun suponiendo que lo llevasen, sabido es que nunca lo colocan, al prepararse á un combate, en punto ninguno peligroso, sino en sitio algo retirado de la accion, con los bagajes, á fin de que el enemigo no se apodere de él en caso de un fatal descalabro. Ese dinero, además, no suele ir suelto de manera que pueda cogerlo fácilmente cualquiera, sino que va en talegas de cáñamo, perfectamente cosidas, cubiertas con otro lienzo fuerte de lona, igualmente cosido, y colocado en mulas ó carros de que no se baja, á fin de poner en salvo el precioso metal en cuanto la victoria empieza á declararse por los contrarios.

Es, pues, no solamente inverosímil, como he dicho, sino casi imposible, que los artilleros, que debian saber mucho mas donde estaba la metralla que el dinero, marchasen á donde se hallaba éste, lo bajasen de los carros ó las mulas, descosiesen las talegas, y agarrando puñados de duros, cargasen con ellos los cañones. El tiempo que hubiera sido necesario para esta operacion no habria bajado de un cuarto de hora, y como la accion no duró mas que ocho minutos, resulta que no es admisible lo asenta-

do por los referidos escritores. Hay otra razón, en mi concepto muy poderosa, que viene á confirmar la inverosimilitud de la anécdota. Si los artilleros tenian á mano esa abundancia de duros que les servia de metralla, al ser desbaratada completamente la division en los cortos minutos referidos, y cañones, fusiles, municiones, uniformes y todo cuanto llevaban los realistas cayó en poder de los vencedores, preciso era que se hubiesen apoderado tambien de las talegas de dinero, y que al hacer mencion de lo quitado al enemigo, hubiera figurado entre los despojos la cantidad de duros conseguida. Pero al no ver figurar entre los trofeos del triunfo suma alguna de plata, termina la razon por convencerse de que la carga de los cañones hecha con duros en vez de metralla, no pasa de una curiosa fábula, inventada por alguno de los que habiéndose hallado acaso en uno de los dos ejércitos, quiso dar á la accion algo de extraordinario.

Cuando Mina regresó al fuerte del Sombrero con los despojos quitados al enemigo, se hizo en la fortaleza una salva de artillería para celebrar el triunfo. Los realistas que guarnecian la villa inmediata de Leon, comprendieron, al escucharla, que las tropas reales habian sufrido una derrota. En Jaujilla, punto en que estaba establecido el congreso independiente, se celebró el acontecimiento con salvas de artillería, regocijos públicos, iluminaciones y *Te-Deum*, haciéndose lo mismo en todos los lugares ocupados por las fuerzas independientes. Mina invitó á los prisioneros á que se uniesen á sus filas, si tenian voluntad en ello, prometiendo dejar libres á los que no quisiesen alistarse. Casi todos se incorporaron gustosa-

mente á su ejército, y á los que quisieron retirarse, les proveyó de lo preciso para que fuesen á sus casas.

1817. No transcurrieron muchos dias sin que  
Julio. Mina no intentase otra expedicion, de que se propuso sacar recursos para sus tropas. Tuvo noticia de que el marqués del Jaral, coronel del regimiento á que por su apellido se le dió el nombre Moncada, tenia guardada en su hacienda de campo una gruesa suma de dinero, y se propuso proveer su caja militar con el tesoro del marqués. La hacienda, como todas las de alguna importancia de aquellos rumbos, se hallaba fortificada y con algunos cañones, aunque esas fortificaciones solo podian aparecer fuertes para las partidas de insurrectos que se veian de continuo perseguidas por las divisiones del ejército real, pero que de ninguna manera podian resistir un ataque dado con las reglas del arte de la guerra. Los defensores de la finca de campo eran los dependientes y criados del conde empleados en ella, aunque en aquellos momentos se hallaban tambien algunos de los fugitivos de la accion de San Juan de los Llanos, que no podian ser los mas á propósito para infundir valor. Mina, acompañado de D. Pedro Moreno y de D. Encarnacion Ortiz, (el Pachon) se puso en marcha hácia la referida hacienda, con el mayor sigilo y rapidez, y el 7 de Julio se encontraba á la vista de ella sin haber sido descubierto. El marqués del Jaral, que se hallaba en la hacienda, al tener noticia de la proximidad de Mina, huyó de ella, y temiendo que estuviese interceptado el camino de San Luis Potosí, se dirigió á la hacienda llamada El Bizcocho. Como no quedaba tiempo para recoger los objetos

de guerra que habia en la finca, se dejaron en ésta tres cañoncitos y algunas municiones. El marqués, al salir de la hacienda acompañado de todos los que habian tomado las armas, encargó á su capellan que recibiese y obsequiase á Mina dándole cuanto necesitase; pero que le suplicase que no se causara daño ninguno en los edificios. El nuevo jefe independiente llegó á la hacienda siendo ya de noche, y al ver que no se le oponia resistencia, creyó que se le tenia preparado dentro alguna emboscada. Pronto se convenció de que nada habia qué temer, por los informes que le dió el capellan del marqués, y Mina dió inmediatamente orden á sus tropas de que respetasen las propiedades y no se causase el mas leve daño á los habitantes. Como el objeto de aquella excursion habia sido hacerse de recursos pecuniarios, Mina procedió al siguiente dia á preguntar á los criados de la hacienda por el sitio en que estaba oculto el tesoro. Habiendo dicho uno de ellos que, segun sospechaba, se hallaba oculto el dinero en una pieza contigua á la cocina, se empezó á cavar en ella, y á poco se encontraron algunos duros. No se dudó entonces de que allí se encontraba el tesoro; y llamando Mina á D. Pedro Moreno, á D. Encarnacion Ortiz y tres oficiales del estado mayor, para que presenciaran el resultado de la excavacion, se continuó ésta delante de ellos, y se encontraron ciento cuarenta mil duros en dinero. Colocado el tesoro en carros para ser conducido al fuerte del Sombrero, se cogieron considerable número de reses y una cantidad respetable de semillas para proveer de víveres la fortaleza. Las pérdidas que el marqués sufrió en esta excursion

hecha á su hacienda, fueron considerables, pues no solo consistieron en la cantidad referida, sino en otras de bastante importancia. Segun el informe que dió al gobierno, manifestó que le habian quitado en numerario, ciento ochenta y tres mil y trescientos duros (183,300 duros), ochenta y seis mil en barras de plata (86,000 duros), y treinta y siete mil y ciento en ganado y semillas (37,100 duros); ascendiendo la pérdida total á trescientos seis mil cuatrocientos duros (306,400 duros).

1817. Es de creerse, en vista del informe dado  
Julio. por el marqués, que á pesar de las precauciones tomadas por Mina á la vista de la deslumbrante presa, se aprovecharon de ella algunos de los concurrentes, en cuyas manos debieron caer las barras de plata, y los cuarenta y tres mil trescientos duros que existen de diferencia entre los ciento cuarenta mil encontrados en la excavacion y los ciento ochenta y tres mil trescientos que dice el marqués.

Logrado por Mina el objeto de la excursion, regresó al fuerte del Sombrero, encargando al capellan de la hacienda que dijese al marqués «que sentia mucho no haber tenido el gusto de conocerle; pero que volveria dentro de algunos dias á hacerle otra visita». Recado poco noble que debió ahorrarse de dar; pues nunca se debe agregar al daño que se le causa á un particular en su fortuna, el insulto y la sátira ofensiva.

Puesto el dinero en carros de la hacienda, tirados por bueyes cogidos en la misma, se puso en camino la expedicion para regresar al Sombrero. Así llegó al pueblo de San Felipe, donde se tomaron asnos para conducir el te-

soro, por ser demasiado lenta la marcha de los carros llevados por bueyes. En el traslado del dinero de los carros á los asnos, no debieron manejarse con mucha pureza los que se ocuparon de la operacion, pues al llegar al fuerte, la suma de ciento cuarenta mil duros que salió del Jaral, se vió reducida á ciento siete mil, habiendo desaparecido entre las manos de los que la escoltaron, treinta y tres mil duros.

Cuando la expedicion se hallaba á poca distancia del fuerte del Sombrero, encontró Mina, en una ranchería bastante grande, á D. Miguel Borja que habia salido á su encuentro para avisarle que le esperaban en el fuerte el P. Torres, el Dr. San Martin, y el abogado Cumplido. Estos dos últimos iban comisionados por la Junta para felicitarle por su llegada. Mina llegó al fuerte al siguiente dia, y despues de las atenciones mútuas de estilo y los ofrecimientos de amistad de una y otra parte, tuvieron varias conferencias respecto al plan de operaciones que seria conveniente seguir. Mina expuso su opinion, y despues de meditado el punto, se dispuso que por entonces quedase reducido á que los jefes que tenian á su cargo los puntos fortificados, se sostuviesen en ellos, acudiendo todos en auxilio de aquel que se viese atacado por los realistas. El mando en jefe se le confirió á Mina, sobre cuya determinacion contestó el P. Torres que á él le pertenecia como teniente general que era nombrado por la Junta; pero que, no obstante esto, condescendia por mera consideracion. Luego, para dar una prueba de que veia con gusto el nombramiento hecho en el nuevo compañero de armas, dijo, que los seis mil hombres que tenia, los po-